

LECCION VI.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Tercer dia. — El mar. — Su fondo. — Su movimiento. — Su salubre. — Su extension. — La navegacion. — La tierra. — Color de la yerba. — Fecundidad de las plantas. — Su propagacion. — La raíz. — El tallo. — Las hojas. — La simiente y el fruto.

Dijo tambien Dios : Juntense las aguas, que están debajo del cielo, en un lugar ; y descúbrase la seca. Y fué hecho así.

Y llamó Dios á la seca, tierra, y á las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.

Y dijo : Produzca la tierra yerba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto, segun su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así¹.

Redoblad vuestra atencion para oír la explicacion de estos mandatos, y preparad vuestra alma á la admiracion y vuestro corazon á la gratitud, pues vais á ver nuevas maravillas y nuevos beneficios. Habiendo Dios separado las aguas en dos partes, y no dejando sobre la tierra mas que la cantidad que convenia á sus designios y al uso que de ella queria hacer, mandó á todas las aguas inferiores que se reuniesen en un mismo sitio para que quedara la tierra visible², y les dió despues de reunidas el nombre de *mar*. Este mandato : *Juntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar*, que no es aquí mas que una simple palabra, fué una amenaza terrible y un trueno, segun el Profeta³, porque se dieron tanta prisa en precipitarse y amontonarse unas sobre otras para dejar libre el espacio que al parecer habian usurpado, pues Dios las arrojaba de ella, que en vez de deslizarse tranquilamente, emprendieron la fuga con espanto, no tan solo para abandonar la tierra, sino hasta, digámoslo así, para salir del universo.

En esta obediencia tumultuosa, en que las aguas aterradas parecian que iban á sembrar el desórden por donde quiera que se desbordasen, una mano invisible las manejó con tanta facilidad como una madre gobierna y maneja al niño que habia antes envuelto en pañales y coloca en seguida en su cuna. Bajo esta propia imágen nos repre-

¹ Genes. 1, 9, 10, 11.

² Segun este relato, es evidente que la formacion del océano ha precedido á la aparicion de los continentes; hecho confirmado igualmente por las observaciones geológicas. (*Cosmogonia*, pág. 67.)

³ Psalm ciii, 6, 7.

senta el mismo Dios lo que hizo entonces. « ¿ Quién dirigió la formacion del mar, pregunta á Job, cuando salió del seno donde estaba contenido? ¿ cuando yo lo cubrí con una nube como con un vestido, y lo rodeé de vapores oscuros y tenebrosos, como con lienzos y fajas, cuando le dí mis mandatos y le puse puertas y barreras diciéndole : Llegarás hasta aquí, pero no pasarás adelante, y aquí estrellarás el orgullo de tus ondas⁴? »

El mar solo abandonó la parte de tierra que plugo á Dios descubrir, dejó las islas que habia resuelto poblar, y llenó únicamente los lugares que le habia destinado. De este modo fué colocado en su lecho este niño temible, donde permanece tranquilo desde entonces, contenido por el grano de arena que el Señor señaló por límite á su cuna.

No obstante, encerradas en su vasto receptáculo, las aguas del mar podian corromperse y esparcir vapores maléficos que hubieran hecho la tierra inhabitable; pero la Sabiduría creadora previó este inconveniente. El mismo Dios que prohibió al mar que saliese de su lecho, le mandó al mismo tiempo que estuviese en movimiento continuo, y el mar impele todos los dias durante seis horas todas sus aguas del centro hácia los extremos, y todos los dias las llama desde los extremos hácia el centro durante otras seis horas. En seis mil años no ha fallado una sola vez. Este movimiento se llama flujo y reflujo, se efectúa en todos los mares, y si es mas sensible en el océano que en otras partes, consiste en que allí es mas necesario, porque es mayor la cantidad de agua.

Este movimiento milagroso tiene, pues, por objeto impedir que, á causa de un excesivo reposo, se corrompan ó infecten las aguas del mar. Nos presta además otros inmensos servicios, porque el mar existe para nosotros, así como para nosotros está agitado perpetuamente. En primer lugar el flujo ó las mareas producen el efecto de rechazar el agua de los rios, de hacer que suban en lo interior del continente, y de contribuir á que su álveo sea bastante profundo para que pueda conducir hasta las puertas de las grandes ciudades los enormes cargamentos de mercancías extranjeras, cuyo transporte seria imposible á los buques sin este auxilio, y los cuales esperan durante algun tiempo estas crecidas de agua para aprovecharse de ellas y llegar á la bahía sin tocar el fondo ó entrar en el álveo de los rios sin peligro. Despues de este importante servicio, las mareas disminuyen, y dejando entrar al rio en sus antiguas orillas, facilitan á los que las habitan el goce de las comodidades que les reporta su curso ordinario.

Otra de las ventajas que proporciona al cristiano este movimiento perpetuo del mar consiste en presentarle una instructiva imágen de su vida, la cual no es mas que un flujo y reflujo, pues crece y men-

⁴ Job, xxxviii 8-11.

gua, siendo en ella todo inconstante, y no teniendo alegría, gracias ni ventura duraderas. Navegamos por una corriente rápida y caprichosa, y no solo hemos de precaver no ser arrebatados hácia el abismo, sino que por el contrario hemos de hacer esfuerzos para llegar felizmente al puerto y á orillas risueñas y floridas.

El flujo y reflujo es por consiguiente el primer medio con el cual impide Dios que se corrompan las aguas del mar; el segundo es su salubre.

Para conservar eficazmente al mar en su pureza, el flujo y el reflujo esparcen en él todos los días de un extremo á otro la sal de que está lleno. Á no ser este incesante movimiento, la sal se precipitaria muy pronto al fondo, y en este caso el mar nos infectaria con un hedor insufrible, y ya no alimentaria esos pescados cuyo número y primor admiramos igualmente; pero la Sabiduría creadora lo ha previsto, y lo ha hecho todo con número, peso y medida.

Esta salubre del mar, que ya tanto nos interesa por la conservación de sus aguas y el sosten de los pescados, nos proporciona otra ventaja. Las partes salinas mas pesadas se resisten al calor y al aire que hacen evaporar las aguas, lo cual fija la medida de la evaporación; cuantas mas partes salinas que se les resisten encuentran el calor y el aire, tantas menos partes de agua son susceptibles de evaporación, de modo que la sal, dando peso al agua, modera la evaporación de esta, y somos deudores á la salubre del mar de la precisa cantidad de agua dulce que saca el sol para nuestras necesidades. Á no ser por la resistencia de estas sales, elevaria una masa mayor de vapores que inundaria la tierra en vez de fertilizarla; tendríamos una mitad ó una tercera parte mas de lluvias, de ríos y de lagos, y la tierra seria un verdadero pantano; de tal suerte que puede decirse con toda verdad que si el agua del mar no fuera salada nos moriríamos de hambre.

Se halla igualmente esta justa proporción en la extensión del mar, el cual ocupa casi las dos terceras partes de nuestro globo. Parece á primera vista que seria mas ventajoso que el Criador hubiese convertido en tierra firme ese inmenso espacio ocupado por el agua, es decir, por el mar, los lagos y los ríos: pero raciocinar de este modo es dar muestra de ignorancia y de falta de criterio. Si el océano quedara reducido únicamente á la mitad de lo que es, no podria proporcionar mas que la mitad de los vapores que exhala; y como no tendríamos entonces mas que la mitad de nuestras lluvias y de nuestros ríos, la tierra no estaria suficientemente regada. El mar se estableció, pues, para ser el receptáculo general de las aguas, para que el calor del sol sacase de allí la cantidad de vapores suficiente para volver á caer en forma de lluvia sobre todas las campiñas, y para ser el manantial de los arroyos y los ríos. Si la extensión del mar fuera menor, habria

muchos mas desiertos y comarcas áridas, porque caerian menos lluvias y serian menos numerosos los ríos.

Hé aquí además otra prueba de la admirable sabiduría que ha dirigido la división de las aguas y de la tierra. Si Dios hubiera dejado en la tierra mayor cantidad de agua, hubiese sido una especie de inmenso pantano, y no hubiésemos podido habitarla; y si hubiera dejado menos cantidad, siendo la tierra demasiado dura, no hubiésemos podido sembrarla, ni podrian crecer las plantas y los árboles. Se necesitaba que fuese bastante dura para ofrecernos un punto de apoyo sólido, y bastante blanda para dejar al hombre la facultad de cultivarla, y á las plantas la de introducir sus raíces en sus entrañas, y al agua que las nutre una libre circulación.

Además, ¿qué seria de las ventajas que sacamos del comercio si no existiera esta grande acumulacion de aguas? No entraba en los designios de Dios el que una parte del globo se encontrase enteramente independiente y separada de las demás, sino que quiso por el contrario que mediaran relaciones entre todos los pueblos; y el mar es quien las posibilita. ¿Cómo podríamos adquirir nuestras riquezas y tesoros, y hacer á todas las partes del mundo tributarias de nuestras necesidades ó de nuestros placeres, sin el auxilio de la navegación? Así pues, lejos de ser el mar un medio establecido para conservar las naciones separadas y encerrarlas en ciertos límites, es por el contrario un medio preparado por Dios para unir á todos los hombres, para indemnizarles de lo que les ha rehusado, y facilitar el transporte de las mercancías que hubiera sido irrealizable sin este auxilio.

Tal vez no habeis reflexionado nunca sobre las ventajas de la navegación, ni habeis dado por este beneficio las gracias al Criador. No obstante, á ella debemos directa ó indirectamente una gran parte de las cosas necesarias á nuestra subsistencia. Si las naves no nos trajeran á nuestros puertos los aromas y los medicamentos, las telas, los colores y los frutos preciosos que nos vienen de los países lejanos, ó careceríamos de ellos, ó al menos no podríamos proporcionárnoslos sino á costa de gastos y trabajos inmensos. ¡Cuán dignos fuéramos de lástima si nos viéramos obligados á hacer venir por tierra todo lo que necesitamos! Nos lo va á demostrar el cálculo siguiente:

Un buque lleva un peso de un millon y doscientas mil libras; contando, pues, dos mil libras por cada caballo, se necesitarian para transportar esta carga ciento cincuenta y seis carros de dos caballos. Finalmente, el último beneficio de la navegación, y por consiguiente el postrer servicio del mar, sin el cual no habria navegación, es la propagación del Evangelio hasta las mas remotas naciones.

Pueblos y tribus, hijos de los hombres sumidos un día en las sombras de la muerte, dad gracias al Dios que crió el océano; á no ser por esa inmensa llanura que cruzan con la rapidez del relámpago los

apóstoles de la buena nueva, aun estaríais quizás sepultados en las tinieblas del error. Pero hora es ya de abandonar el mar, pues la tierra está llamando nuestra atención.

Después que todas las aguas se reunieron en los vastos receptáculos que les había preparado la mano del Omnipotente, apareció el *árida*, es decir, la tierra. Dios al descubrirla tenía el designio de hacerla fecunda, adornarla con una hermosa verdura, cubrirla de plantas y de toda clase de árboles, poblarla de animales, y dársela al hombre por morada. Pero la deja algún tiempo árida, desnuda y estéril, y quiere que en lo sucesivo tome su nombre de su aridez natural, para que todos los que algún día se viesen tentados á mirarla como el origen de todos los bienes que la adornan y embellecen, se acordaran de su primera indigencia: *Y descúbrase la seca. Y llamó Dios á la seca, tierra.*

Hé aquí, pues, una nueva criatura que se presenta á nuestros ojos. La tierra, nuestra madre y sustento, fué bien deforme en este primer momento, porque estaba enteramente desnuda, seca y estéril. Dios se apresura á darle un vestido digno de su magnificencia y de su bondad, y dice: Que la tierra *produzca yerba verde*, y al instante un rico adorno cubre la tierra⁴. Adorno inmortal, tan fresco, tan brillante y tan grato á la vista después de seis mil años, como el día en que con él se engalanó la tierra.

Lo primero que advertimos es la elección que hizo Dios del color verde para el vestido de la tierra. El verde naciente guarda tal proporción con los ojos, que se ve claramente que la mano de Dios es la misma que ha dado color á la naturaleza y ha formado el ojo del hombre para ser su espectador. Si hubiera teñido de blanco ó de rojo todas las campiñas, ¿quién hubiera podido sufrir su brillo ó su dureza? Y si las hubiera oscurecido con colores mas sombríos, ¿quién hubiese disfrutado con un aspecto tan triste y tan lúgubre? Un grato verdor guarda un término medio entre estos dos extremos, tiene tal relación con la estructura del ojo, que lo recrea en vez de fatigarlo, y lo sostiene y alimenta en vez de agotarlo; y lo mas notable aun es, que se encuentra en este solo color tal diversidad, que no hay una planta cuyo verde sea exactamente tan claro ó tan oscuro como el de la planta inmediata. Estos graciosos matices evitan la monotonía, y atestiguan la riqueza del pincel y la habilidad del Pintor divino que

⁴ Así pues, según Moisés como según los hechos geológicos, la vida comenzó en la tierra con los vegetales, y primero por las plantas herbáceas. Al menos, este grande escritor pone constantemente la palabra *herbam* antes de *lignum*, aunque los árboles excitan mas bien las miradas que las yerbas propiamente dichas. Se ha admitido, pues, como un punto de fe la verdad, que solo se ha demostrado después de diez y ocho siglos de observación, de que los seres vivos se sucedieron unos á otros en razón inversa de la complicación de su organización. (*Cosmogonia*, pág. 69, edición de París, 1838.)

adornó la naturaleza. ¿Nada dicen á nuestro corazón tanta bondad y sabiduría? ¿no nos imponen ningún deber?

Al criar la yerba, gracioso adorno de la tierra, Dios dijo: *Produzca la tierra yerba verde, y que haga simiente*. Esto es mas maravilloso que cuanto acabamos de relatar, porque Dios se compromete de esta suerte á conservar las plantas, y les comunica una especie de inmortalidad. Efectivamente, la yerba no exige labor ni siembra; pues crece y se perpetúa independiente de nuestros cuidados. ¡Cuán tristes y áridos serían nuestros pastos y prados si estuviéramos encargados de depositar en la tierra la semilla de las yerbas, y de regar en seguida lo que hubieran sembrado y plantado nuestras manos! Nuestro Padre celestial nos ha dispensado de este cuidado; ved como él mismo lo desempeña. ¡Qué número tan infinito de plantas cultiva para el placer ó la necesidad de sus hijos! En un prado de mil pasos de longitud y anchura teneis cien millares de matas de yerba; y en un pie cuadrado mas de mil especies diferentes, y estas matas son olorosas; y todos estos mil olores forman reuniéndose un exquisito perfume que nos trae gratuitamente el aire, fiel mensajero del Criador, y lo mas admirable es que entre estas plantas y yerbas las mas numerosas son las que nos sirven de alimento ó de remedio.

Pero ¿por qué ha multiplicado el Criador tan prodigiosamente las producciones del reino vegetal? En primer lugar para nuestro alimento y nuestra salud, y en seguida para la subsistencia de los animales que nos sirven. Los prados son propiamente los almacenes de los animales.

La magnificencia de nuestro Padre celestial no brilla tan solo en el número de las plantas, sino tambien en su asombrosa fecundidad. Una sola puede producir millares y hasta millones. Un tallo de tabaco, por ejemplo, da algunas veces cuarenta mil trescientos veinte granos de semilla. Si bajo este número se calcula su fecundidad, en el espacio de cuatro años se verá que de un solo grano pueden proceder dos quintillones seiscientos cuarenta y dos cuatrillones novecientos ocho trillones doscientos noventa y tres billones trescientos sesenta y cinco millones setecientos sesenta mil granos de semilla. Un olmo de doce años tiene muchas veces cinco mil granos de semilla. ¡Qué número tan prodigioso no resultará en algunos años! Cuando se reflexiona que sucede lo mismo, guardando su proporción, con las demás plantas, causa verdaderamente sorpresa el que la tierra no haya sido consumida aun por las plantas.

¿Cuál es, pues, el milagro continuo que reduce las plantas á su justo número? Hélo aquí: una multitud innumerable de animales sacan su alimento de las yerbas y de las plantas, y hacen anualmente tan gran consumo de ellas, que si Dios no hubiera dotado á los vegetales de esta extraordinaria fecundidad, debería temerse su total destrucción.

En esto brilla con esplendor una de esas armonías tan frecuentes en las obras de Dios. Si la multiplicación de las plantas fuera menos considerable, se morirían de hambre un gran número de animales; y por otra parte si los animales se multiplicaran con exceso, las plantas se consumirían muy pronto, y varias especies de animales llegarían á desaparecer completamente, pero merced á las relaciones establecidas entre el reino vegetal y el animal, los habitantes del uno y del otro se multiplican bajo una justa proporción y sin que ninguna especie perezca.

Hemos visto que al decir Dios á las plantas que llevasen semilla, les dió una especie de inmortalidad. Detengámonos un momento á considerar cómo se perpetúa esta inmortalidad, ó en otros términos, cómo se reproducen las plantas, en lo cual no harémos mas que seguir el consejo del mismo Salvador que nos exhorta, para animar nuestra confianza en Dios, á que examinemos de qué modo crecen y se conservan los lirios de los campos.

En todas las plantas se distinguen cuatro partes: 1.º la raíz; 2.º el tallo; 3.º la hoja; 4.º la semilla ó el fruto. Cae una semilla en la tierra: no temáis, que no perecerá, pues Dios vela sobre esta pequeña criatura, como sobre el mundo entero. Sigamos las operaciones del divino Agricultor. Empieza por cubrir la semilla con una capa de tierra que no es demasiado espesa para no ahogarla, pero que es suficiente para ponerla al abrigo del frío que podría helarla, del calor que pudiera quemarla, del viento que podría arrebatarla, y de las aves que pudieran comérsela. Examinad despues lo que sucede: llama al calor y la humedad que hacen que se hinche la semilla, revienta su envoltorio, y veis salir de él dos pequeños gérmenes, uno que sube y otro que baja; el que sube es el tallo, y el que baja la raíz de la planta. ¿Quién ha dicho á estos dos gérmenes que se dividieran y cada cual tomase una dirección tan diferente? Sigámosles en su desarrollo.

1.º *La raíz.* La raíz tiene por objeto: 1.º fijar la planta para que no se caiga sobre la tierra, cuya excesiva humedad la haría perecer, y para que no sea arrebatada por los vientos; 2.º proporcionar al tallo una parte de su alimento, con cuyo objeto la raíz está agujereada por el centro, y por este pequeño canal suben atraídos por el calor los jugos que extrae de la tierra. Pero ¿qué peligro hay en esta operación! Pues todos los jugos de que está llena la tierra no convienen á cada planta, y existen millares de especies de plantas⁴. Pero no temáis; la raíz no se engañará, y solo escogerá los que le convienen. ¿Quién le ha enseñado á distinguirlos? ¿En qué escuela, bajo qué

⁴ Algunos físicos pretenden que todos los jugos de la tierra son homogéneos, y que la planta los modifica al asimilárselos.

maestro ha seguido un curso de química? Hé aquí otra dificultad: algunas veces los jugos convenientes á la planta no se encuentran mas que á cierta distancia. ¿Cómo lo hará la raíz? Tranquilizaos tambien en esto. Dirigida por la mano de la Providencia, la raíz se alarga, envía á derecha y á izquierda delgados filamentos para sondear el terreno, ensayar los jugos, y dar noticias de su calidad. Pero se presenta entonces otro apuro: la raíz está separada de los jugos convenientes por una piedra ó una pequeña zanja; ¿qué partido tomará? La madre fiel que la alimenta no se espanta, y veréis cuál se aparta hábilmente de la piedra ó cruza osadamente la zanja.

Los jugos al pasar por la raíz se preparan y purifican como las sustancias que se pasan por alambique, ó como los alimentos que la madre desmenuza, suaviza é impregna de saliva digestiva antes de ponerlos en la boca de su tierno hijo. Entre la raíz y el tallo se halla depositado un fermento que mezclándose con los jugos les comunica las cualidades propias de la planta, y de esto procede la diversidad de gustos en los frutos.

2.º *El tallo.* Á medida que la raíz penetra en la tierra, el tallo se eleva hácia el cielo. El tallo está agujereado por una infinidad de tenues canales por los cuales suben y bajan los jugos nutricios transmitidos por la raíz; del mismo modo que en nuestro cuerpo hay una multitud de venas por las cuales circula continuamente la sangre y sostienen nuestra vida. El tallo salido de la tierra se anuda, y estos nudos sirven primero para darle firmeza, y despues para purificar cada vez mas los jugos que traen las raíces, siendo unos pequeños alambiques, situados unos sobre otros, y que no dejan pasar mas que lo mas fino y exquisito. Pero al hacerse mas fuerte, el tallo necesita jugos mas abundantes, como el niño que crece exige mayor cantidad de alimento. La raíz, que es la que alimenta al tallo, corre por consiguiente el peligro de agotarse, y el tallo de perecer de hambre; pero Dios lo ha previsto, y como Padre que da el sustento á todo cuanto vive, le veréis cuál vendrá en auxilio de su obra por medio de las hojas.

3.º *La hoja.* Despréndese del tallo una delgada piel que se desarrolla insensiblemente, y es la hoja. El lado de la hoja que mira al sol es liso y brillante. ¿Por qué? Para que se caliente mas fácilmente con los rayos del sol y le sirva de pequeño reverbero para comunicar al tallo un calor que lo conserva, lo dilata, activa la circulación de los jugos y los purifica. El lado de la hoja que mira á la tierra es escabroso y cubierto de delgados pelos agujereados por el centro. ¿Por qué esta diferencia? Es otra de las invenciones admirables del divino Jardinero. Todos estos pequeños pelos están abiertos para aspirar el aire que los rodea, así como todos los vapores que se elevan de la tierra, é introducirlos en el tallo para alimentarlo. Estos nuevos qui-

micos, tan hábiles como la raíz, no admiten mas que las partes de aire y de vapores que convienen. Pero estos jugos, recogidos por la raíz y por las hojas, podrian llegar á ser demasiado abundantes y perecer la planta ahogada por el alimento. ¿Cómo ha obviado la Providencia este nuevo peligro? Vais á verlo: todos estos pelillos que cubren la superficie inferior de la hoja son otros tantos poros por los cuales el tallo vuelve á arrojar, como una transpiracion, los jugos superabundantes ó agotados.

4º. *La semilla ó el fruto.* Tenemos ya tres partes de la planta, la raíz, el tallo y la hoja, las que concurren todas al mismo objeto, á la formacion de la semilla ó del fruto. Cuando el tallo ha llegado, pues, á tener la altura y fuerza convenientes, se ve formarse en su parte superior un pequeño boton, el cual encierra todo lo que hay de mas precioso en la planta. Vamos á ver por consiguiente de cuán tiernos y multiplicados cuidados lo rodea la Providencia. Lo cubre primero con tres ó cuatro capas bien unidas y apretadas para protegerlo contra el frio, el calor, los insectos, los vientos y la lluvia: el primero de estos envoltorios es mas duro y ofrece mas resistencia, el segundo excede en finura y en belleza á la muselina y á la seda, y finalmente el tercero, que está en contacto con la semilla, tiene una finura y suavidad que no admite comparacion, y está hecho de este modo para no herir á la tierna criatura que alberga. Á medida que aumenta de volúmen este gérmen precioso, se ensanchan los envoltorios, y al fin se abren, no del todo empero ni de una vez, para no exponer al tierno ser al peligro de perecer. Cuando es bastante fuerte, todas estas pequeñas capas de fino tejido y todas esas tiernas pelusas se separan, como se le quitan á un niño los pañales que le envuelven.

Este gérmen precioso está destinado á dar origen á nuevas plantas; pero este nuevo nacimiento estará acompañado de una alegría y magnificencia inexplicables. Cuando viene al mundo el hijo de un rey, se le recibe en una dorada cuna y se le coloca en aposentos ricamente adornados. Veamos, pues, lo que hace Dios bondadoso por el hijo ó el fruto de la mas mínima planta. Le sirven de pañales y de cuna hojas de una suavidad, de una finura y de una blandura inimitables, pintadas con los colores mas bellos, mas variados y mas gratos; exhálase en torno suyo el perfume mas suave, y nace y crece en medio de esta morada mas rica que los palacios de los reyes. Examinadlo todo esto de cerca, y ved si es posible que vuestros labios dejen de decir con el divino Salvador: Os aseguro que Salomon en toda su magnificencia nunca estuvo tan ricamente vestido ni tan régicamente hospedado. ¿Hombres de escasa fe! si vuestro Padre celestial toma tanto cuidado por un poco de yerba que solo vive un dia y que se agosta al siguiente, ¿qué no hará por vosotros? ¿Cómo podeis desconfiar de su Providencia?

Cuando estas nuevas semillas están bastante formadas para llegar á ser á su vez madres de nuevas plantas, el tallo que las sostiene inclina la cabeza y dice á Dios: Se acabó mi tarea. La semilla cae en tierra, y empieza entonces para la formacion de otras plantas el admirable trabajo que acabamos de describir. Si la planta debe propagarse á lo lejos, Dios da plumas á la semilla, y cuando está dispuesta á partir, manda á los vientos que vayan á tomarla sobre sus alas; y los vientos obedecen, y transportada la semilla por estos fieles mensajeros, va á descansar en los sitios que le ha designado la Providencia. Allí da origen á nuevas generaciones, forma numerosas colonias, y cual nuevo misionero, cuenta á otros hombres la omnipotencia y la sabiduría del Criador. ¿Si pudiéramos aprovecharnos de su elocuente palabra!

Al ver el cuidado y por decirlo así la complacencia con que Dios forma la menor planta, el mas pequeño brote de yerba que pisoteamos, la mas humilde flor, en una palabra, ¿no se creará que debe durar siempre? No obstante, se agosta de la mañana á la tarde, al dia siguiente está abrasada por el sol, y otro dia cae bajo el filo de la falce. ¿Qué debemos pensar, pues, del inmenso océano de bellezas que hay en Dios, pues las reparte con tanta profusion sobre una yerba que solo debe durar algunas horas? Finalmente ¿qué debemos pensar de los cuidados que prodiga á nuestras almas, sus inmortales imágenes?

ORACION.

Dios mio que sois todo amor, os doy las gracias por haber criado el mar para darnos lluvias y rocíos, y la tierra para servirnos de morada, por haberla adornado con tanto esplendor, y por haber tomado tan tierno cuidado por las mas pequeñas plantas; ya que habeis hecho todo esto para mí, concededme la gracia de aprovecharme de tantos beneficios.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, daré mi corazon á Dios todas las mañanas.